



El desfile de la Victoria en 1946 resultó particularmente importante; a raíz de él se desencadenó la reacción popular en favor del Caudillo, reconocida como espontánea por los observadores diplomáticos y periodísticos extranjeros. En la tribuna del desfile, Franco, acompañado por los generales Moscardó, Franco-Saigado y Muñoz Grandes.

nes y con su conocida hondura política. Merece la pena transcribir juntos estos dos extraordinarios documentos.

La versión de Gil-Robles

He aquí, en primer lugar, la versión de Gil-Robles en su diario correspondiente al lunes 31 de marzo:

«Día de grandes novedades. Carrero fue recibido por el rey. Este es un marino mentalizado por Franco, que tiene o aparenta tener la mística del Movimiento. Es portador de un proyecto de ley de sucesión de la jefatura del Estado, que dio a leer al rey. Es la vieja idea de Franco, a la que un grupo... —Esteban Bilbao, Fernández Cuesta, Ruiz Giménez y Artajo— ha dado forma. Se trata de un engendro, que niega la esencia misma de la institución monárquica hereditaria: España se transforma en reino, pero bajo la jefatura vitalicia de Franco; éste podrá nombrar un sucesor, de acuerdo con el gobierno con un Consejo del Reino y con las llamadas Cortes. Tal conglomerado es el que, en cada caso, elegirá al rey entre príncipes de sangre real, debiendo recaer la elección en varón católico mayor de treinta años. Como era natural, el rey reaccionó violentamente contra esa verdadera ofensa,



no encontrando el menor eco en el mensajero, quien veía como la cosa más natural este caudillaje electivo y ponía su ideal en un rey dictador, continuador del régimen... No podía perder el criado de Franco tan excelente oportunidad para atacar a los que estamos al lado del rey, y dejó a éste copia de unas fichas que Franco tiene sobre todos nosotros. El rey rechazó con noble dignidad

La historia contemporánea escrita en la lengua del Imperio incluía una despiadada presentación de los prohombres de la Restauración y la República, a quienes se motejaba invariablemente de «politicastos» (archivo Gasca). Uno de los blancos predilectos de la propaganda histórica era don Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República de 1931.